

# El futuro de los partidos políticos en la Argentina

Torcuato S. Di Tella, *Universidad de Buenos Aires*

---

Durante su larga historia, la CEPAL se ha ocupado sobre todo de economía, pero inevitablemente ha tenido que tocar el tema político, con más cuidado en tiempos en que los gobiernos participantes tendían a ofenderse con gran facilidad, y con más libertad en épocas más recientes. Como contribución a la necesaria mezcla entre enfoques económicos y sociológicos presento las siguientes reflexiones, destinadas a explorar el tema de la evolución del sistema de partidos políticos en la Argentina.

Hoy día ya no se discute que los partidos, a pesar de sus obvias fallas y deficiencias, son la única base de sustento de la democracia. Pero ese sustento evoluciona, se embarra, se hunde o a veces vuelve a salir del fango, en fin, se transforma. Aunque más delicado que el de la economía, este tema es igualmente central para entender las perspectivas de desarrollo de nuestros aparatos productivos.

El sistema político argentino está sufriendo fuertes tensiones, y muy probablemente cambiará de manera casi irreconocible dentro de los próximos años, volviéndose más parecido al europeo occidental o, para tomar un ejemplo más cercano, al chileno. Esto es lo que argumentaré en las próximas páginas, a pesar de fuertes admoniciones de mis amigos de no meterme en futurologías, pues uno es dueño de sus palabras sólo antes de pronunciarlas, y su esclavo después. Pero la curiosidad humana es insondable, y la mía suficientemente fuerte como para arriesgarme en este terreno.

Nuestro país ha tenido por mucho tiempo una fuerte organización de grupos corporativos" (asociaciones empresariales, sindicales, profesionales, ruralistas, Iglesia, Fuerzas Armadas), como es habitual en los países más desarrollados del mundo, pero ha tenido un muy peculiar sistema de partidos. Este muestra las siguientes diferencias con el modelo al que está destinado -en mi opinión- a acercarse:

- La falta de una derecha electoralmente fuerte, cosa que puede no ser muy correcto lamentar, pero que de todos modos contrasta con lo que pasa en la mayor parte de las democracias realmente existentes.
- La continuada fortaleza de un partido de centro, que se resiste a abandonar su independencia tanto de las organizaciones empresariales como de las sindicales.
- La ausencia de una expresión socialdemócrata de las clases populares, remplazada por un movimiento populista de sólidas bases gremiales.

El sindicalismo en la Argentina, durante los años treinta e inicios de los cuarenta, era muy similar al de Chile y Uruguay, países que comparten muchas de nuestras características. También seguía bastante de cerca las pautas europeas. Se diferenciaba, en

cambio, de lo que ocurría en el resto de América Latina, donde la organización obrera dependía mucho del Estado y había sido a menudo generada y estimulada desde las altas esferas, sobre todo en México y Brasil.

Desde el acceso del peronismo, el movimiento sindical argentino ha cambiado, hasta diferenciarse muy nítidamente de los de Chile y Uruguay, que han mantenido muchas de sus tradicionales formas organizativas e ideológicas, aunque modernizadas. Entre nosotros se ha impuesto un tipo de liderazgo caudillista que genera grupos dirigentes mucho más alejados de las bases que lo que es corriente en países de estructura democrática. Es cierto que ante los avances de la vida moderna los gremios se han dado, en todas partes, una organización en alguna medida burocrática, pero hay límites a ello: la característica asociacionista se mantiene y la violencia, con algunas marcadas excepciones -como la de los Camioneros en los Estados Unidos-, no es endémica en la lucha interna.

En la Argentina la proliferación de grupos violentos en el sindicalismo fue en parte una reacción ante la amenaza de infiltración por grupos rivales, a menudo apoyados por gobiernos autoritarios, empezando por la Revolución Libertadora. Pero con la consolidación de un Estado de Derecho la posibilidad o legitimidad de seguir aplicando estos métodos no puede menos que esfumarse lentamente.

En Brasil la transición de un liderazgo muy tradicionalmente manipulativo y populista, el de los "pelegos", a formas de izquierda más ligadas a las bases, ha sido obvia. ¿Es este proceso posible en la Argentina? Sin duda que sí, aunque con ciertas diferencias, pues en el país vecino el varguismo nunca caló tan hondo en las clases populares como el peronismo entre nosotros. Esto se debe en buena medida a que Brasil era a mediados de siglo mucho menos urbanizado y educado que la Argentina. Las masas rurales apenas se enteraban de lo que pasaba a nivel nacional, y cuando llegaban a las grandes ciudades todo era nuevo para ellas. Es así que en ese país hay, a nivel popular, menos memoria histórica que en el Río de la Plata o Chile, y es más fácil cambiar de camiseta política, o directamente ensayarse una nueva en un cuerpo que siempre estuvo desnudo. Además, la impresionante industrialización del Gran São Paulo ha generado una clase obrera nueva y altamente calificada, con enorme concentración, que le llevará algún tiempo a la Argentina emular, aunque a nivel de índices per cápita nuestro desarrollo no es inferior al brasileño.

Si miramos ahora a la clase media, es preciso notar que, lejos de apoyar a algún partido conservador, con ése u otro nombre -que es lo que hace en casi todo el mundo desarrollado-, ella ha sido la base de la Unión Cívica Radical, que ostenta excelentes blasones de lucha democrática, pero pocos anclajes en intereses corporativos. Su fuerza electoral estaba bajando hasta colocarse casi en un cuarto del electorado, o aún menos (un 21% en la elección de Cámpora), hasta que la conducción de Raúl Alfonsín le dio nuevo vigor, atrayendo a un grupo nutrido de intelectuales y público de izquierda, cansado de sectarismo y de vuelta de sus ilusiones sobre el peronismo revolucionario. Pero si contamos los votos, Raúl Alfonsín ganó la presidencia gracias a la derecha, que prefería su variante centrista algo inclinada hacia la izquierda moderada, antes que la amenazante

e imprevisible movilización popular justicialista.

Sin embargo, a pesar de este apoyo, el alfonsinismo no fue lo suficientemente conservador como para convertirse en el representante de los intereses corporativos de las clases altas, ni menos de la Iglesia o las Fuerzas Armadas. Por el otro lado, no tenía suficientes características de izquierda, como para identificarse con los sectores sindicalizados de la población, ni a nivel de dirigencia ni al de las minorías opositoras en cada gremio.

---

## **I. Los cambios en el peronismo**

El peronismo ha estado experimentando cambios profundos prácticamente desde sus comienzos. Su naturaleza proteica ha sido tal que el primer sorprendido de ver lo que había creado debe haber sido el mismo Perón. El hubiera preferido mil veces algo parecido al Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México, que incorporaba a casi todo el mundo, desde los empresarios industriales y los técnicos dinámicos, a la clase media, incluyendo a las mayorías campesinas y obreras, pero todo claramente bajo control. Perón rechazaba vehementemente la lucha de clases, y todo su esfuerzo inicial estaba dirigido a consolidar la nación y prepararla para ingentes esfuerzos en el frente industrial y posiblemente el bélico. Pero, en la práctica, su partido se vio protagonizando algunos de los más duros enfrentamientos contra las clases poseedoras que se hayan experimentado en la Argentina.

Otros movimientos populistas, típicos de países de las periferia, y en primer lugar el varguismo, también han pasado por importantes mutaciones, que los llevan, en movimientos pendulares, desde posiciones cercanas si no idénticas al fascismo, hacia otras de claro corte anticapitalista, como las que representó João Goulart a comienzos de los años sesenta.

En todas las variantes de populismo es central la participación de sectores de las clases altas o medias, o bien de grupos funcionales como las Fuerzas Armadas o el clero. Son minorías dentro de sus clases de origen, pero muy estratégicas, ya que aportan elementos de poder a un movimiento que de no contar con ellas se vería demasiado reducido a masas con escasa organización, o a los séquito íntimos de sus líderes. Esas minorías, claro está, dan cierto cariz de moderación al movimiento, pero es evidente para cualquier observador no muy comprometido que el control que pudieran ejercer sobre las masas, especialmente en el momento de la muerte del líder, siempre tendría un elemento de incertidumbre.

En el fenómeno socialdemócrata (o eurocomunista) también hay sectores de las clases acomodadas que apoyan al movimiento, pero su número es menor, y sobre todo su arraigo en sus clases de origen más problemático. Además, la minoría *déclassée* o bien oportunista que rodea como un enjambre al populismo no siempre es una garantía de moderación. Muchos de ellos, ante situaciones personales angustiosas, pueden, a pesar de

su ideología de raíz conservadora, cambiar súbitamente y saltar el espectro ideológico. No deben, en ese sentido, sorprendernos los orígenes derechistas de muchos activistas guerrilleros en la Argentina y otros países,.

En 1989 la perspectiva de un triunfo electoral de Carlos Menem, cada vez más segura por las encuestas de opinión, generó un verdadero pánico tanto en la derecha como entre la intelectualidad, inquietas ambas, por diversas razones, ante un retorno de lo que parecía ser un peronismo fundamentalista. Tan es así que se puede afirmar que la hiperinflación fue debida, no tanto a errores del plan económico ---que pueden haber existido- ni a especulaciones puntuales -que en estos casos inevitablemente se dan- sino, más profundamente, al temor que atenaceó a todos los que tenían algo que perder. Era muy alta la perspectiva de una repetición del escenario Cámpora-Perón, o del de Allende en Chile, con diverso signo ideológico pero parecida conflictividad.

La reorientación adoptada por el Presidente Carlos Menem y sus asesores contribuyó a pacificar al país, a pesar de sus resultados económicos, que sobre todo en ciertas coyunturas impactaron sobre sectores humildes, tradicionalmente peronistas, de la población. Pero ante la alternativa, realmente alta, de un escenario de lucha civil y eventual golpe, el "pacto a la argentina" contribuyó a consolidar el proceso democrático. Repetía, por otra parte, situaciones no del todo distintas vividas por el socialismo español, o el francés, por no hablar de muchos regímenes del Este europeo. Pero tuvo además otros efectos, no esperados, sobre el esquema político partidario, que se harán sentir cada vez con mayor intensidad.

---

## **II. Las posibilidades de fragmentación partidaria**

Extrañamente, la primer víctima de la nueva imagen dada por el peronismo -o el menemismo, si se quiere, pero el hecho es que el partido en su mayoría lo acompañó-- fue la Unión Cívica Radical, que empezó a perder votos en elecciones provinciales y nacionales legislativas.

Ocurre que, ante el pacto de Menem con la derecha política y económica, la "amenaza peronista" comenzó a desaparecer. En un inicio la opinión pública dudaba de la genuinidad de los cambios. Pero en la medida en que el tiempo pasaba, y el presidente pagaba el precio de enajenarse a los militantes de su propio partido y a sectores de la Confederación General del Trabajo, el empresariado pudo respirar tranquilo. Sólo quedaba la nube de saber si, ante el grito de "¡traición!" tan ampliamente exclamado por los militantes, el gobierno quedaría pronto reducido a la nulidad en el campo electoral. Algo así le había ocurrido antes a otros en nuestra área, como al General Carlos Ibáñez en Chile en 1954, o aún al laborista Ramsay MacDonald en Inglaterra, que aplicó remedios "neoliberales" a la crisis del año treinta, y se quedó sin partido, y embelesado por la historiografía de sus antiguos correligionarios. Pero como es bien sabido, en la Argentina eso no ocurrió, pues el peronismo, en sucesivas elecciones, apenas si bajó del nivel del 50% al del 40%, exactamente lo mismo que le pasó a Felipe González en España.

Ante la disminución de los temores, no sólo entre la clase empresarial sino también entre la intelectualidad, cada uno en el campo tradicionalmente antiperonista se vio libre de seguir su propio camino ideológico, sin tener que optar como antes por el mal menor, o sea la Unión Cívica Radical. En otras palabras, los electorados de centro derecha y de centro izquierda, base de lo que el alfonsinismo había sumado al centrismo radical, quedaron liberados.

La persistencia de la fuerza electoral -y por lo tanto del apoyo social, organizado o no- del actual partido gobernante se consolidó con las elecciones presidenciales de 1995. En ellas ya no se podía decir que la prédica era opuesta a las acciones. El justicialismo se mantuvo con el mismo 50%, aproximadamente, que había conseguido en 1989. Ahora era, cierto es, un distinto 50%, porque al menos 10 puntos porcentuales -los mismos que sin duda había perdido hacia la izquierda- los adquirió de una derecha que apenas podía creer que depositaba la cédula con el escudito patrio en la urna, y que sin duda lo hacía *à contrecœur*.

Lo más novedoso en esa elección fue la fuerza del Frente País Solidario, que alcanzó casi un tercio de la votación. Esto en parte se debió al pragmatismo de la alianza establecida con José Octavio Bordón, y en parte al despecho de los radicales, que "no entendieron" el Pacto de Olivos. Aunque es tema para otro ensayo, debo decir que el pacto fue bueno para el país, aunque malo, en el corto plazo, para Alfonsín y para el radicalismo. Me parece, de todos modos, que la decadencia del radicalismo, como partido de centro, es un fenómeno de largo plazo, que tiende a reproducir lo ocurrido a sus pares chilenos y franceses (que casi han desaparecido del mapa) o antes al partido liberal inglés, independientemente de las estrategias de sus líderes. En cambio, en lo individual, Alfonsín tiene bastantes posibilidades de reemerger como un importante referente político, orientado cada vez más hacia la izquierda moderada. Lo cual, aunque sea bueno para esa izquierda, y para quienes comparten sus valores, no será necesariamente bueno para la UCR, que seguirá viendo a su electorado tironeado en distintas y aun opuestas direcciones.

El éxito de Fernando de la Rúa en la Capital, aunque sin duda un respiro para el partido de Alem, no es sin embargo muy indicativo, por la característica muy peculiar de este distrito, que es más un conjunto de barrios de clase media que una ciudad, de la cual es sólo el núcleo, con menos de un tercio de su población.

En cuanto a la derecha, ella ha tenido buenos resultados electorales, sobre todo en sus variantes regionales pragmáticas, desde Neuquén a Salta, Jujuy, Chaco y San Juan, pero también en la versión tradicionalista de Corrientes, o la de Mendoza, o la de raíces autoritarias de Tucumán. La UCD, más visible a nivel nacional, ha sufrido por la resistencia de su electorado a convalidar el apoyo al menemismo, a pesar de que éste realiza prácticamente todas las plataformas del partido de Alvaro Alsogaray. Pero no sería raro que estos varios componentes de una futura derecha política vayan coaligándose, una vez superada la mentalidad de ghetto en que la hegemonía del peronismo los ha mantenido por décadas.

En la izquierda, una larga historia de sectarismo parece estar llegando a su fin. El Frente Grande fue una primera experiencia significativa, aunque en él convergieron muchos de los grupos responsables del anterior empantanamiento. Sin embargo, pronto el liderazgo de Carlos "Chacho" Alvarez dio un golpe de timón, forzando a sus partidarios a disolver sus partidos, o sea, expulsó al comunista, que con sus rigideces no contribuía a la imagen de moderación y convicción democrática que el nuevo agrupamiento adoptaba. Era necesario ir venciendo de a poco las viejas desconfianzas del electorado progresista ante la "democracia burguesa" o la "partidocracia".

Respecto a la ruptura con Bordón, no conozco los detalles del episodio, ni es mi fuerte hurgar en ese nivel, pero creo que hubo errores por ambos lados. Yo diría que Bordón estuvo correcto en buscar alianzas con otros sectores que le permitieran seguir fabricando cuñas del palo peronista, pero se equivocó en el método con el que debía imponer esa estrategia a sus partidarios. El problema debe ser que lee demasiados libros de sociología, que a menudo dicen que hoy día ya los partidos no existen, o no tienen ideología ni verdaderos cuadros o militantes, y que son sólo cuestión de dirigentes. Esos libros están equivocados, a pesar de que un sociólogo llegó a ser presidente del Brasil.

---

### **III. Los componentes del peronismo**

Antes de entrar al tema del futuro del peronismo, es preciso hacer una radiografía de las partes que lo componen, y que pueden explotar bajo los efectos de la presente política económica. La experiencia comparativa muestra que en Europa occidental los partidos socialdemócratas que adoptan políticas "neoliberales" no han perdido mucho de su electorado, aunque la militancia y el número de sus afiliados se resienten. Grupos divisionistas, o nuevos partidos a su izquierda, se han robustecido, pero no constituyen una amenaza seria, en parte debido al descrédito en que han caído las utopías alternativas. ¿Pero es esta experiencia aplicable? ¿No es la situación económica argentina mucho peor que la que ha enfrentado Europa, aun durante sus períodos de crisis? ¿Y es acaso el peronismo el equivalente de la socialdemocracia?

Para comenzar por la situación económica, ella no es por cierto peor que la que enfrentaba Europa en la temprana posguerra. Por el otro lado, es cierto que los ajustes económicos en la Argentina han sido más improvisados, más llenos de "desprolijidades". Pero tampoco hay que exagerar la prolijidad de los procesos económicos europeos, especialmente en algunos países. Yo diría que en estos temas las diferencias son más de cantidad que de calidad, y por lo tanto la evidencia comparativa sigue siendo válida.

Más seria, sin embargo, es la diferencia entre el típico partido socialdemócrata y uno populista, como el peronismo. Las dos principales diferencias son la naturaleza del sindicalismo, y la presencia de importantes aunque minoritarios sectores de la clase alta y media alta y de las Fuerzas Armadas y la Iglesia. También importante, aunque en algún sentido derivada de lo anterior, es la ideología, que en gran medida es elaborada por los

grupos recién mencionados, o sea las elites no obreras.

Tomemos, de todos modos, los diversos componentes en orden, para ver si existen en ellos tendencias al cambio.

## **1..El sindicalismo**

De todas las variantes del populismo, es bien sabido que el peronismo está en una categoría especial, debido a la fuerte presencia del elemento sindical en él, mayor que en todos los demás casos conocidos. La forma de organización de estos sindicatos, de todos modos, difiere mucho de la de sus homólogos socialdemócratas. Esto se debe a la manera en que fueron creados, o radicalmente cambiados, al formarse el movimiento, o pronto después, como resultado de la presión estatal. Es cierto, como dice Juan Carlos Torre, que algunos miembros de la Vieja Guardia sindical tuvieron un rol protagónico en la formación del Partido Laborista, pero creo que él exagera en lo que respecta a su peso relativo. De hecho, al poco tiempo de creado, el laborismo fue mandado disolver por Perón, y la resistencia fue muy escasa. Es que la combinación de verticalismo y anuencia popular es justamente la característica del populismo en general, y del peronismo en particular. Y sólo ciertas condiciones sociales permiten generar esa peculiar combinación. Cuando ella se forma, perdura por bastante tiempo, a veces aun cuando las condiciones que lo hicieron nacer han cambiado. Pero a la larga las nuevas condiciones se imponen. Y éstas exigen hoy día un tipo de organización gremial menos caudillista, sin por eso caer en la democracia interna total, con bases plenamente participativas, que no es de este mundo.

La Renovación siempre tuvo influencia en el sindicalismo, aunque se vio obligada a entrar en compromisos con el liderazgo existente. Un gran paso atrás se dio cuando muchos sindicalistas, bien conectados a la Renovación, se plegaron al menemismo, y apoyaron las nuevas políticas económicas. Hay que tener cuidado, sin embargo, en no confundir el apoyo al nuevo curso económico con el antiguo caudillismo. De hecho, cuando enseguida después de la asunción de Menem la CGT se dividió (temporariamente), el grupo opositor, dirigido por Saúl Ubaldini, tenía tantos viejos jerarcas, empezando por Lorenzo Miguel, como sus rivales. La aceptación de las políticas de privatización y otras recetas de libre mercado no se deriva necesariamente del verticalismo, sino más bien de leer la sección internacional de los diarios, o en su defecto charlar con quienes concurren a las numerosas reuniones internacionales de las que los dirigentes son bastante asiduos.

Creo que en este campo se van a dar algunas transformaciones importantes, en el sentido de adoptar pautas más asociacionistas, lo que implica que los líderes establecidos van a tener que tomar más en cuenta la opinión de las bases, y a coexistir con sectores de diversa ideología. Ya ha habido bastantes cambios, sobre todo a niveles locales, y esto obligará a desarrollar nuevas versiones de la ideología y la práctica justicialistas. La pérdida de seccionales y aun sindicatos enteros a grupos de oposición más militantes, peronistas o no, estimulará sin duda este proceso. En otras palabras, antes que morir, el peronismo se decidirá a crecer, pero esto implica la adopción de prácticas

socialdemócratas, sea que se las reconozca como tales o no.

## **2. Elites de alto status**

La presencia en el peronismo de numerosos, aunque minoritarios, sectores reclutados en los estratos más altos de la sociedad es una de las características que lo diferencia de la socialdemocracia. No es que en ésta no existan individuos de ese origen, pero son menos numerosos, y un poco más autocríticos, menos enraizados en sus clases de origen. En el peronismo, este tipo de componente fue en general muy fuerte, sobre todo en su origen, aunque se vio debilitado por los episodios confrontacionistas. El actual aporte de dirigentes y votos conservadores es un fenómeno distinto, porque ellos no son realmente peronistas, sino que representan una alianza táctica, como la que hubo en España entre el Partido Socialista y la muy burguesa Convergencia i Unió de Cataluña.

Por otra parte, en niveles de baja clase media intelectualizada, el apoyo al peronismo es en general mucho menor que el que recibe la socialdemocracia en los países donde ella predomina. En vez de esos sectores de clase media "ilustrada", el peronismo está muy cargado con grupos de orientación culturalmente conservadora y católica, sobre todo en el interior del país.

El sector "alto" del peronismo, del cual deriva gran parte de su liderazgo puramente político, no siempre ha estado exento de cierta debilidad por el modelo fascista, sin duda en sus orígenes y aún ahora. De todos modos, hoy día se acerca más bien a la democracia cristiana o a otras variantes socialcristianas que a la socialdemocracia. En general se identifica con un modelo clásico de nacionalismo popular, nostálgico de los años dorados de Juan Domingo Perón, con su lucha antiimperialista y antioligárquica, poco preocupada por la "democracia formal". Sin embargo, también hay en el peronismo numerosos sectores, tanto a nivel político como sindical, que se ven a sí mismos como más a la izquierda, y que van descubriendo que la socialdemocracia no es un mero invento del imperialismo.

Con esta composición tan heterogénea no le va a ser fácil al movimiento mantenerse unido durante los próximos años, y resistir a las fuerzas centrífugas que lógicamente desata en su seno la presión de la economía. Un partido socialdemócrata --como el español siendo comparativamente más homogéneo, y basado en afiliados más acostumbrados al toma y daca del asociacionismo, tiene más posibilidades de mantenerse unido a pesar de la existencia de fuerzas contradictorias en su interior, y de presiones igualmente intensas generadas por el modelo económico. En el peronismo la principal fuerza que se opone a la división es el verticalismo y la convicción de sus miembros de que su movimiento es consubstancial con la nacionalidad. Pero el tiempo no puede menos que erosionar esta creencia más bien primitiva, como lo ha hecho con otras, adoptadas con igual si no mayor fuerza, por los militantes de partidos populares en Europa y otras partes del mundo.

En la coyuntura actual, los sectores más conservadores y de clase alta del peronismo -y desde ya sus nuevos aliados- son capaces de entusiasmarse excesivamente con la tarea de



"construir el capitalismo", por más salvaje y dura que sea esa etapa. Aun cuando sea cierto que construir una base capitalista es un prerrequisito de cualquier otra reforma social en el país, cumplir ese objetivo intermedio no puede resultar gratificante para quienes se han pasado la vida bregando por una más justa distribución de los ingresos y una mayor autonomía nacional, bien o mal concebidas que esas metas estén en términos de las realidades del mundo de hoy. Un posible escenario, entonces, sería que la actual dirigencia se transforme en el núcleo de una nueva fuerza conservadora, por supuesto que no con ése sino con otro nombre más atractivo. En ese caso una división sería más que probable, aun cuando el ejercicio del poder por la facción más conservadora sin duda morigerará las tendencias separatistas de los demás.

### **3. Ideología**

La cantera de las ideas peronistas es suficientemente rica como para proveer materiales para construir prácticamente cualquier otro credo político. En el pasado ya ha cambiado varias veces, y lo mismo puede volver a ocurrir. Su heterogeneidad intelectual es en parte debida a su contradictoria composición social, pero es también el legado de la capacidad de su fundador de integrar elementos diversos dentro de un todo eficaz. Esto, que no es simple pragmatismo sino algo más, es una muy importante contribución que ciertos dirigentes peronistas pueden hacer a una futura izquierda.

Uno de los principales componentes de la variada gama del corpus peronista es un reformismo pragmático pro sindicalista, muy parecido al New Deal de Roosevelt. Este se mezcla con un caudillismo latinoamericano de tipo populista, con abundantes raíces en nuestra historia, desde las primeras décadas de vida independiente. Nuestros intelectuales en general no se han tomado muy en serio esa tradición popular nacional, salvo en el período de entusiasmo por las potencialidades revolucionarias del peronismo, en cuyo momento más bien las mitificaron. No vendría mal, después de pasada la borrachera del entusiasmo acrítico, una vuelta al estudio y conocimiento de nuestras tradiciones, valorándolas al menos tanto como hacen los franceses con las suyas. Esto ayudará a ubicar al peronismo en coordenadas latinoamericanas, sin por eso dejar de tener en cuenta, por supuesto, sus vinculaciones y contrapartes en otros lugares del mundo.

---

### **IV. Una excursión futuroológica**

El actual sistema de partidos en la Argentina será, muy probablemente, una víctima de la crisis económica. Ha cumplido ya su papel histórico, y tiene cada vez más dificultades en representar la nueva configuración de fuerzas sociales. Si esto es así, tendremos que enfrentar un período de disgregación y desorientación, que pondrá en peligro la solidez de la aún endeble democracia. Si conseguimos pasar a través de la etapa de tensiones, al final nos encontraremos con una estructura modernizada y rejuvenecida de partidos políticos. ¿Cómo sería esta nueva estructura? Creo que fue Bertrand Russell el que dijo que toda discusión científica es del tipo de una disquisición sobre qué habría ocurrido si la nariz de Cleopatra hubiera sido un par de centímetros más larga. Y esto no lo decía

como crítica a esa dama, ni al uso de hipótesis "contrafácticas", cuyo empleo en cambio estimulaba, por absurdas que parecieran, a condición de no agarrarse demasiado a ellas. Con esta advertencia, adentrémonos en el túnel del tiempo.

Posiblemente el peronismo, aun perdiendo su mayoría absoluta en el Congreso, siga siendo por un tiempo el partido -individualmente considerado- con mayor fuerza electoral en el país, con más de un tercio del total. Los radicales sufrirían una progresiva disminución de su caudal, tironeados por estrategias alternativas hacia la derecha o la izquierda, salvo en distritos excepcionales como la Capital Federal. Una forma moderada de izquierda, o sea el Frepaso, puede llegar a ser una seria alternativa, siempre que esté dispuesto a reconsiderar a fondo sus dogmas y su etapa algo juvenil de Frente Grande. Aunque el éxito a nivel presidencial (1995) y luego senatorial (1996) en la Capital puede habersele subido a la cabeza, reavivando sus tendencias sectarias e intolerantes, el ejemplo de los países vecinos debería convencerlo de que el camino reformista es posible a pesar de tratarse de un país de la periferia. La formación de la Alianza con la Unión Cívica Radical está, claramente, en esta dirección pragmática y le ha valido a esa coalición la victoria en las elecciones legislativas de 1997.

En algún punto en este esquema se produciría una división del peronismo. No puedo ni quiero predecir el momento, ni ligar esto a eventos y personalidades de la próxima campaña presidencial -tema muy candente en momentos de escribir estas líneas- acerca de cuyos pormenores ni estoy muy enterado ni tengo a mano teorías interpretativas a ese nivel de detalle. Más bien creo que este proceso de división -antes o después de 1999- sería el resultado de que en la Argentina actuaran fuerzas sociales similares a las que operan en otros países de parecido nivel de desarrollo, que generan una bipolaridad entre un sector inspirado por valores empresariales, y otro por los de tipo sindicalista o igualitario.

Cierto es que, en contraposición con este enfoque, hay quienes dicen que la tendencia actual es hacia el desdibujamiento de las líneas de clase como base del apoyo partidario. Bueno, en realidad los partidos políticos nunca se han basado de manera nítida en las clases sociales, y sin duda muchos individuos adoptan actitudes aparentemente incongruentes con su posición social, especialmente si ésta se mide usando el criterio de la educación, que es el más fácil de medir en las encuestas. Es así que la derecha a menudo tiene simpatizantes de escasos recursos, y la izquierda cuenta con gente de un más que decoroso pasar. Pero la diferencia entre un partido conservador y otro socialdemócrata no consiste única ni principalmente en la composición clasista de sus votantes, sino en el hecho de que los núcleos organizados de las clases enfrentadas en el proceso productivo están ubicados muy abrumadoramente de un lado o del otro de la línea divisoria.

Una coalición conservadora debería entonces emerger, basada en los varios partidos de centro derecha y de tipo provincial, y por cierto con un importante componente peronista, el cual, por el mero efecto de los números, desempeñaría un papel central en el nuevo agrupamiento. Este sector del peronismo, entonces, se ajustaría a la descripción que ciertos observadores hacen de ese movimiento como la principal expresión de la derecha

en la Argentina, pero con una importante salvedad: se aplicaría sólo a una parte del conjunto. El principal costo, para el peronismo oficial, de incorporar de esta manera a la derecha y a buena parte del centro, sería perder el apoyo del sindicalismo.

Del lado opuesto, una coalición de izquierda podría también tener como base importante una fracción del mismo peronismo, que apelara a sus tradiciones "nacionales y populares". Ese grupo, con sindicalistas renovados, se encontraría en necesidad de aliados, y para encontrarlos debería frecuentar los ambientes de la izquierda, en su versión Frepaso u otra, y aun del radicalismo. La existencia de este hemisferio, entonces, corroboraría la afirmación de que el peronismo es un antecesor de la socialdemocracia, pero de nuevo, válido sólo para una parte del movimiento y en alianza con otros importantes sectores.

En definitiva, creo que se puede establecer la siguiente secuencia, para el futuro mediano, digamos la próxima década:

- 1. En un primer momento se da un mantenimiento y ligero ajuste del presente sistema de partidos, con el lento crecimiento de una izquierda independiente, un debilitamiento del Partido Radical, y la consolidación de una derecha electoralmente presentable. El peronismo continúa siendo dominante, a nivel de partido individual, aunque perdiendo algún apoyo, y sobre todo sufriendo el impacto de la coalición opositora que le hace sombra en términos de votos. Los elementos autoritarios y conservadores en su seno sienten una creciente atracción hacia la derecha, donde encuentran muchas almas gemelas.
- 2. En una segunda etapa, la persistente desocupación, y el continuado deterioro, o muy lenta recuperación, del nivel de vida de amplios sectores populares producen una división dentro del peronismo, habiéndose agotado el "crédito interno" que los simpatizantes de un partido otorgan a su dirección, y que ésta puede usar para llevar a cabo políticas diversas a las que su electorado esperaba de ella. La mayor parte del sindicalismo se transforma en opositora, pero el ala "ortodoxa" o conservadora retiene el control del partido, sobre todo en las provincias menos desarrolladas, beneficiándose del ejercicio del poder.
- 3. En un tercer momento, poco antes o poco después de 1999 (mi esfera de cristal no es demasiado precisa ...) el sistema partidario muestra una gran fragmentación. Hay una fuerza conservadora considerable, con suficientes elementos autoritarios como para atraer a la derecha peronista, pero no bastantes como para involucrarse en el golpismo. Este es por otra parte innecesario debido a la falta de amenazas serias al sistema social dominante y a la alta posibilidad de acceder al poder, o compartirlo, por vías legales. El radicalismo se ve reducido a un grupo de poco peso; como estrategia desesperada adopta una orientación izquierdista, esperando ganar votos, pero de hecho enajena a su electorado moderado de clase media. El peronismo de derecha continúa existiendo como entidad considerable, apoyado en provincias del interior y en ambientes empresariales. El sector del peronismo que se ha dividido del tronco oficial se convierte en un centro-izquierda pragmático, muy renovado y con anclaje sindical. La izquierda independiente, con

elementos emocionales e ideológicos aún bastante altos, aumenta su influencia organizativa y electoral. La proliferación entre cinco polos partidarios relativamente equilibrados hace que éste sea el momento más peligroso en la secuencia, suscitando el espectro de la ingobernabilidad, que puede afectar al sucesor de Menem, cualquiera él o ella sea. Por cierto que sería muy conveniente, en este momento, tener un sistema parlamentario, para que las coaliciones sean posibles y vistas como legítimas por la opinión pública. Aunque no es realista esperar que se instale un parlamentarismo completo, la versión intermedia que se adoptó en la reforma constitucional puede ser útil, facilitando la "cohabitación" entre un presidente con menos poderes y un Jefe de Gabinete que realmente conduzca la gestión pública y que emerja de un consenso en el Congreso.

- 4. Finalmente, si es que la Argentina algún día se adapta a la pauta europea occidental - lo que no es imposible, ya que hasta los del Este lo están haciendo- eventualmente se impondría un sistema bipartidista, o de dos coaliciones. Una manera de que esto ocurra es que los conservadores se aliaran con los peronistas de derecha, mientras que del otro lado se fusionaran los peronistas renovados con los restos de la UCR y la izquierda independiente.

La aspiración de Perón, de formar un partido del tipo del PRI mexicano, tendría entonces una paradójica y póstuma realización. Su movimiento, al romperse o cambiar de manera profunda, proveería los elementos esenciales tanto para la derecha como para la izquierda, que en su cooperación antagónica pueden desempeñar de manera mucho más eficaz la tarea de asegurar al mismo tiempo el progreso y la paz social, que tanto preocupaban al General.

---